



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XIX.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 23 de Noviembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

#### SUMARIO.

**Influencia del cristianismo en el porvenir de la mujer**, por D. Francisco Diaz Carmona.—**Á Granada**, poesia por D. Juan Ortega Gutierrez.—**¡Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La gota de rocío**, poesia, por D. Juan Tomás Salvany.—**Un presentimiento**, novela.—**Seccion infantil**, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lózano de Vilchez.—**Variedades**

#### INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN EL PORVENIR DE LA MUJER.

Los hombres hacen las leyes, las mujeres las costumbres, ha dicho un escritor. Ese ser, en efecto, tan débil en apariencia, lleva en su propia debilidad el secreto de todo su poder é influencia sobre el hombre. Siendo á veces el idolo, ante quien rinde el sacrificio de su corazon y las primicias de su amor, á veces la víctima de turbulentas iras, nunca es objeto de indiferencia ú olvido. Penetrando en todas las relaciones de la vida social, ejerce un ministerio tan importante, una mision tan alta, tan saludable, tan salvadora, que bien puede decirse que

de ella depende en gran parte la vida de la familia y el bienestar de la sociedad. Así es que allí donde sufre el yugo de un poder inmoral, donde vive menospreciada ó envilecida, sin comprender su dignidad y el augusto papel que representa dentro del hogar doméstico, bien pronto se la vé relajar los vinculos más sagrados y arrojar las semillas de perdicion en el corazon de los pueblos. Corrompida, se convierte en corruptora, sierva no sabe engendrar más que esclavos miserables, y si por ventura la voz de las pasiones resuena poderosamente en su corazon, sabrá ocultar su ignominia, aunque sea preciso para ello hacer traicion á los sentimientos más sagrados de la naturaleza.

El cristianismo solo ha sabido elevarla al rango que la pertenece, y adornándola de virtudes especiales, la ha presentado á los hombres como un objeto digno de la más profunda admiracion y de los amores más castos y espirituales.

Esas virgenes que van á llevar al silencio del claustro el perfume de las primeras rosas de la juventud y del candor; esas ma-



tronas respetables, que ceñida su frente con la aureola radiante de la maternidad, se presentan rodeadas de sus pequeños hijos, desplegando ante sus miradas los horizontes de la enseñanza cristiana; esas tiernas jóvenes, en cuyos ojos se anida el pudor, y cuyos labios se abren aun con la sonrisa de la inocencia, constituyen un género de belleza nueva, desconocida para el mundo pagano.

La vestal romana, victima forzada de unas instituciones que castigan con penas crueles la violacion de sus votos, la mujer espartana que solo conoce los dolores de la maternidad, pero que no es madre, porque no sabe morir por sus hijos y sí rechazarlos si no mueren en defensa de la patria; la esposa ateniense, que encerrada en su gineceo, ve pasar sus dias separada del mundo exterior, y permite, cruel, que le arrebaten el hijo deforme ó endeble, para ser expuesto en los sitios públicos, como una criatura indigna; la matrona de Roma, objeto del repudio y del tráfico vil, ora esclava, ora tirana cruel de sus siervos, jamás señora de su hogar por el amor, ¿qué tienen que ver con las vírgenes de nuestros claustros, con las esposas que embellecen nuestros hogares, con las madres que sacrifican por sus hijos la juventud, la belleza, la misma vida?

El predominio de la mujer nace de esa atmósfera de respeto, de veneracion, de consideraciones que ha formado alrededor de ella el amor casto y espiritual. Ahora bien, el paganismo no conocia este amor. Cantaba con Horacio amores fugitivos y livianos, ó amenazaba con la pérdida de los encantos de su juventud á la amada desdeñosa; pero no sabia, como Dante, llevar su amor mas allá de la tumba, para colocar á Beatriz en medio de los bienaventurados; Safo, ardiendo en un fuego impuro, se arroja desesperada á las turbulentas olas, pero no sabe, como las vírgenes cristianas, sacrificar su amor en la soledad y convertirlo á las puras delicias del misticismo cristiano; Lucrecia, que se suicida despues del horrendo crimen, no vale lo que aquella dama insigne que mutila su rostro y deshace las flores de su hermosura, para tornar en horror una pasion criminal; Corina, en fin, ya vencedora, ya vencida por Píndaro en los juegos, pero á veces insultada por él con epítetos infamantes, ¿qué comparacion admite con aquella Clemencia Isaura, sobre cuya tumba van á derramar las fragantes

flores del ingenio los más apuestos trovadores? ¿Y qué comparacion cabe tampoco entre las Cleopatras, Poppeas, Livias, Mesalinas, dadas á la disolucion y la livianidad, y aquella humilde esclava que pide se prolongue su tormento, con tal de que no se lo exponga desnuda en medio de los espectadores de su suplicio; aquella Lucina que corre al circo para asistir al martirio de un esposo querido, y ahogando en su corazon el llanto, indica serena al mártir dichoso los cielos que se abren para recibirlo; aquella Felicitas, que presencia tranquila la muerte de sus hijos y los anima y estimula para sostener el combate, en el cual ella misma ha de entrar; aquella cohorte, en fin, innumerable de doncellas, de madres, de esposas, á las cuales seria preciso saludar como Aurelio Prudencio, diciéndoles: *Salvete flores martyrum?*

Media, pues, un abismo entre la mujer, tal cual fué en las sociedades paganas, y tal cual ha sido y es en las que han recibido la luz esplendorosa del Evangelio. Este, que habia venido á regenerar á los pueblos, empezó por regenerar á la mujer, devolviéndola sus derechos, sabiendo que con ello salvaba de su postracion á la familia y preparaba una nueva era de bienestar y de grandeza á la sociedad. El tipo primitivo de esta no es otro, en efecto, que la familia, puesto que ella es la primera sociedad que se encuentra constituida en medio de los hombres, y contiene en su gérmen todas las relaciones sociales. El padre es representante legítimo del poder y de la autoridad, y revestido de este carácter, dicta las leyes que han de regir el hogar; los hijos son los naturales súbditos sometidos á las leyes paternas; la madre es el vínculo que enlaza á los unos y los otros, y la depositaria de la autoridad del padre, que está encargada de hacer respetar y cumplir. Hay, pues, en la familia una autoridad que legisla, el padre: unos súbditos que obedecen, los hijos: y un poder intermedio que les inclina á esa obediencia, es decir, que les *educa*, la madre. La familia es, por lo tanto, una verdadera sociedad, en la cual hay los elementos esenciales de toda organizacion social. Y si dentro de ella reina orden, paz y concierto; si el padre gobierna con justicia y los hijos obedecen con sumision, ¿quién duda que esa misma paz y concierto se trasladarán á la sociedad de la cual son miembros, y que en resúmen no es más que una gran familia donde los súb-



ditos son hijos, y el gobernante se considera como padre y jefe natural, que ha de conducir á sus pueblos por la senda del bien y de la justicia? Tal fué el secreto de nuestras grandes sociedades cristianas, y tal fué además la causa de las consideraciones respetuosas, de la veneracion, del amor, del culto que en ellas se rindió á la mujer llamada á desempeñar dentro de la familia el ministerio augusto de la educacion cristiana.

¡Desventurada la sociedad que pretende despojarla de ese venerable ministerio! ¡Desventurada la sociedad que ultraja su sagrado carácter, y la envilece y degrada convirtiéndola en objeto de placer y en víctima de brutales pasiones! Al poco tiempo ella, envilecida tambien y degradada, ofrecerá á las gentes el espectáculo de la enervacion vergonzosa, y de la turbulenta anarquía. ¡Ah! cuando la mujer, abandonando el pudor y la modestia cristiana, compañeros inseparables del honor y de la tranquilidad doméstica, se entrega al lujo y á las disipaciones de los sentidos, que son las puertas por donde se entra en el camino del vicio y de la corrupcion, bien puede decirse que la sociedad marcha con pasos ajigantados á su disolucion; por el contrario, si ella se conserva casta, pura, inocente, no haya miedo de que esa sociedad perezca, porque ella la salvará.

Verdades son estas que debieran tenerse muy en cuenta, hoy que ciertas escuelas pretenden constituir la familia sobre bases completamente contrarias á las que han venido sustentándola durante el predominio de las doctrinas católicas en las sociedades. Se habla á cada paso de la emancipacion de la mujer, de sus derechos conculcados, de su libertad oprimida, y de la necesidad que hay de educarla con arreglo á ciertas soñadas teorías de regeneracion social. ¡Insensatas doctrinas! La mujer no necesita emanciparse, porque está emancipada; no necesita educarse, porque ya el Catolicismo se encargó de educarla; no necesita de libertad, porque ella que fué ayer sierva vil y objeto de ludibrio para las gentes, ha levantado su frente regenerada por el bautismo, para ostentarla ceñida con la corona de reina. Su cetro es de flores, su poder es el amor, sus dominios los corazones. Bendice, pues, ¡oh mujer! al Catolicismo, que te ha hecho tan grande. Él ha sido el constante defensor de tus derechos, el custodio de tu debilidad, el libertador de tu sexo, y

el que ha sembrado flores perfumadas en tu camino; á él le debes el ser madre y el ser esposa; por él has sido constituida ángel tutelar de la familia y de las sociedades; y si eres respetada y querida, solo á él lo debes. Él entrega en tus manos seres pequeños é inocentes, para que guíes sus primeros pasos, les asistas con los primeros consejos, les ilumines con las primeras verdades y les fortalezcas con los primeros auxilios en el camino de la vida, y de esta manera te hace la depositaria de una sociedad naciente que has de educar para lo porvenir. ¡Alta y noble mision! En tus manos está el que una sociedad sea incrédula ó religiosa, justa ó corrompida, grande y digna de señalados destinos, ó menguada y miserable. No te separes, pues, de esa religion santa que tan grande te hizo; antes bien, únete á ella por la fé, la piedad y la práctica de las virtudes cristianas, y ten presente que, siendo la directora natural de las costumbres, á ti es á quien Dios y la sociedad piden cuenta del desempeño de tu ministerio, y te condenan á servidumbre y á vergonzosa degradacion, cuando abandonas el cumplimiento de tus sagrados deberes.

Francisco Díaz Carmona.

## Á GRANADA.

Salve! bella sultana  
que reclinas tu frente  
sobre lecho de nieve trasparente  
que tiñe el rubio sol de ópalo y grana.

Casto nido de amores,  
Eden en donde reina la alegría;  
vergel de gayas flores  
que manas á torrentes la ambrosía,  
albergue de canoros ruiseñores  
cuyos trinos alegre escucha el alma  
y dan al corazon ventura y calma.

Paloma candorosa  
que cubres tu alba sien con casto velo,  
y abres tus alas que de nieve y rosa  
pinta el florido abril, y en raudo vuelo  
parece que te elevas hasta el cielo,

Oye la débil voz que dulce brota  
de un corazon que llega palpitante  
á beber en tus pródigos veneros  
el amor y el saber. Tu seno amante  
madre fecunda en génius eminentes,  
muéstrame los senderos  
dó aspire la poesía  
que brota del murmurio de tus fuentes,  
dulce cual la ambrosía  
de tus gallardas flores,  
ó cual de tus huries los amores.

Que me presten su voz las trinadoras  
aves de tus jardines,  
y sus leves suspiros



las auras que divagan por tus prados;  
 su acento celestial los Serafines  
 en divinos amores inflamados,  
 y entonces mis cantares  
 henchidos de suavísima armonía  
 dirán del alma mía  
 sus cuitas y pesares,  
 ó la dulce alegría  
 que siente al contemplar tus horizontes,  
 y las nieves perpétuas de tus montes,  
 y la aurora feliz del nuevo día.

En tí quiero vivir, patria querida;  
 bajo ese cielo azul do se dibuja  
 tu imagen bendecida:  
 en medio de tus bosques y palacios  
 que dominan altivos los espacios;  
 entre el rumor de tus sonoros rios  
 que lamen presurosos  
 la base inmóvil de tus altas sierras;  
 en medio de tus árboles frondosos  
 y tus claros arroyos transparentes  
 y los encantos mágicos que encierras;  
 porque es, Granada, mi mayor anhelo  
 vivir bajo tu cielo  
 sin penas ni dolores,  
 aspirando el aroma de las flores  
 que son la alfombra de tu hermoso suelo.

Juan Ortega Gutierrez.

## ¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

### XI.

Elena no pudo pegar los ojos en toda la noche.

La música, el ruido, el recuerdo de las miradas de Melvil, y de la deslumbradora hermosura de Fanni, cruzaban por su mente trastornándola y produciéndola una ligera fiebre.

Águeda, por orden de D. Martin, veló á su lado muchas horas.

Por fortuna, la pobre mujer rendida de cansancio, cedió á los impulsos del sueño, viendo un instante sosegada á Elena, y no pudo escuchar las palabras que se escapaban de los labios de ésta, mientras, ya despuntando el alba, ó dormía ó deliraba.

De otro modo la anciana hubiera sabido el secreto de aquel cariño, pues el nombre de Ricardo brotó mil veces de la boca de la niña.

Al día siguiente Carlos fué muy temprano á verla, pero aun no se habia levantado y á pesar de su impaciencia tuvo que volver algunas horas despues.

Elena, por no entristecer ni alarmar á D. Martin, y sobre todo por no vender el secreto de su alma, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y dejó el lecho, yendo con semblante tranquilo á dar á D. Martin los buenos días.

El anciano la recibió con amor; besó su frente y la dijo, estrechándola con cariño sobre su corazón.

—Ya estás mejor, ¿es verdad, hija mía?

—Oh! sí! ya lo ve V., aquello no fué nada.

—¡Si supieras qué mal rato me has dado! ya no tengo en el mundo más cariño que tú, y al pensar que pudiera perderte, como he perdido en este mundo los seres más caros á mi alma, siento que mi corazón se oprime y que me falta la existencia.

—Pues bien, aquí me tiene V. buena y amándole cada día más.

—Sí, pero anoche....

—Anoche me trastorné un poco, es verdad, el ruido, las luces... y luego como no estoy acostumbrada á dejar nuestra casa....

—Es cierto, y esta vida es necesario que termine. Á tu edad se necesita un poco de alegría, de diversiones.

—No, si yo soy feliz, si....

—En vano tratas de engañarme; hace tiempo que noto que tu rostro está pálido, que no ríes ni cantas como antes; hay días que hasta te olvidas de tu pobre piano, y esto no es bien hecho. Sin duda echas de menos algo que yo no he pensado en proporcionarte; distracciones, animación...

—Pero....

—Desde mañana saldremos todos los días, y si quieres recibiremos algunas noches, te presentaré en el mundo, y así....

El anciano no pudo continuar porque Ricardo apareció en aquel momento á la puerta del pequeño gabinete, pidiendo licencia para entrar.

D. Martin le recibió con su bondad de siempre; en cuanto á Elena, sus mejillas se tiñeron de carmin, y su corazón latió con violencia.

La conversacion fué general, pero en un instante en que pudieron los dos jóvenes cruzar algunas palabras, Dervil dijo á la niña con acento rápido:

—Estás distraída y parece que tus ojos se apartan de los míos.

—Pensaba que anoche....

—Anoche, como siempre, tú ocupaste todas mis ideas.

—Yo! murmuró ella con tono de triste sorpresa.

—Sí! replicó Dervil con más afán que de costumbre, porque acaso se sentía culpado.

—Pues acaso no estuvistes...?

—Ya te dije que la sociedad impone deberes que no podemos dejar de cumplir.

—Ah!

—Eso me ocurrió á mí; pero te aseguro que estuve triste, violento.

—Aunque al lado de tus nuevos amigos?

—Solo estuve con ellas el tiempo preciso para no pasar por descortés.

Elena no contestó.

Ricardo la mentía por primera vez y aquella mentira la hizo daño.

Se creyó engañada, y su frente se contrajo y sus labios perdieron la sonrisa que vagaba en ellos siempre que estaba al lado de Ricardo.

Y lo que era amargura, profundo dolor, creyó Dervil que era desden, que era desamor, y él á su vez se tornó descontento y sombrío, viendo entonces reflejarse en el fondo de su



alma más amante y risueño el recuerdo de la imagen de Fanny.

Elena, por ocultar su pena, se dirigió á su piano y empezó á recorrer las teclas.

Ricardo no se sentó á su lado como otras veces.

Por un instinto del alma, la niña tocó la melodía que la habia enseñado la pobre Consuelo.

Tal vez, sin pensarlo ella, queria evocar en el corazón de Dervil el recuerdo de su primera entrevista!

Tal vez queria reproducir en su pecho la emoción que aquella música le habia causado.

Pero ¡ay! él no estaba sentado junto á ella como en aquel día, ni experimentó entonces aquella impresion dulce y purísima que habia ligado sus voluntades.

Elena continuó sin embargo, y si hubiera podido por un momento fijar sus ojos fuera de allí, en el jardín de la casa de Fanni, se hubiera sorprendido al ver que si la armonía que brotaba bajo sus dedos no tenía ya poder sobre Ricardo, le tenía sobre otro hombre que, mudo, inmóvil y presa de una agitación extraña, la escuchaba con atención.

Aquel hombre era el rico banquero, aquel hombre era Héctor de Montalvan.

Héctor, que paseando por las calles de su jardín, se habia detenido al oír las notas del piano de Elena, primero con un movimiento de sorpresa, después con asombro, con agitación creciente.

Dominado por una fuerza irresistible se acercó hácia el lado de la casa de D. Martin, desde donde podia escuchar mejor, y allí de pié, conteniendo el aliento, con los ojos fijos y los labios contraidos, permaneció todo el tiempo que duraron aquellos sonidos.

Cuando Elena cesó de tocar, aquel hombre sacó un pañuelo y enjugó el sudor que corria por su frente, murmurando á la par con voz opaca

—Si los muertos salieran de la tumba yo creeria que ella estaba ahí; que ese piano era el suyo, y que queria con esa música, que la oí mil veces, y que ella sola sabia, despertar en mi mente su recuerdo; ¡como si su recuerdo no me persiguiera de noche, de día, siempre! ¡Oh! ¡qué amarga es la vida cuando nos amenaza el infortunio y nos acusa el remordimiento!

*(Se continuará.)*

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## LA GOTA DE ROCIO.

SONETO.

La cándida y risueña Filomena  
una mañana plácida de estío  
contemplaba una gota de rocío  
posada en el botón de una azucena.  
Y como en ella al reflejar serena  
la luz del sol la daba nuevo brío,  
quiere cojerla, y con su dedo frío  
destruye la ilusión que la enagena.  
Baja la niña la gentil cabeza

con ternura diciendo y desconsuelo:

—¿Cómo al tocarla huyó tanta belleza?

¿qué habrá cual ella en el mundano suelo?

—La delicada flor de tu pureza!

contesta murmurando un arroyuelo.

Juan Tomás Salvany.

## UN PRESENTIMIENTO.

(Continuacion.)

III.

Esta escena era demasiado horrible, amigo mio, y sin embargo, no lo he dicho todo. El conde despertó, pero no su razón. Cuando volvió en sí, estaba loco; locura furiosa que la presencia de su mujer exasperaba en vez de apaciguar; locura tanto más horrible cuanto que no sofocaba en él la conciencia de la realidad y cuanto que la memoria sobrevivía al naufragio de la inteligencia. El infeliz creía que después de haber matado á su hijo habia sido condenado á muerte, que se habia escapado en el momento en que le llevaban al suplicio, y que su mujer solo le buscaba para entregar su cabeza al verdugo. Bastante sereno cuando estaba solo conmigo, daba gritos horribles en cuanto la veía. En vano se acercaba á él desolada y en tono suplicante. En vano trataba de tranquilizarle con dulces palabras, pues sobrecogido de terror se ocultaba detrás de los muebles, ó escapándose de los brazos que querian sujetarle iba pálido y trémulo á agazaparse á los desvanes de su palacio, de donde me costaba no poco trabajo arrancarle para llevarle á su cuarto. Al principio creí que seria un delirio pasajero; pero lejos de ceder se redoblaba la fiebre del cerebro. No dejaba que nadie se acercase á él sino yo; mi figura era la única que no despertaba su desconfianza, y la condesa se tuvo que resignar á no presentarse ya á sus ojos. La desgraciada habia perdido todo en un día, puesto que con un solo golpe habia perdido á su marido y á su hijo. Si suprimimos al Dios de los afligidos, si quitamos á aquella infortunada el Dios que la anima y consuela, el Dios bueno que cuenta nuestras lágrimas, pregunto yo ¿qué le quedaba?

Entonces ví lo que pueden la fé y la resignación cristiana. En las grandes crisis de la vida, la filosofía no es de ningún valor, pues solo la religión nos enseña á sufrir. ¿Qué es por otra parte la fuerza y el valor que no proceden del cielo? Una cuestión de temperamento. La encina resiste y el arbusto se rompe. La condesa se sometió y rogó á Dios sobre las ruinas de su felicidad. En lo más fuerte de la desesperación, no se le escapó ni un insulto á la Providencia y conservó siempre la actitud de una santa, de una mártir. Sabia que Carlos no se habia matado de resultas de una caída, como yo habia dicho. Habia comprendido y adivinado todo, y encerró este horrible secreto en su corazón, sin que jamás habláramos una palabra de esto y solo por el sentimiento de adorable piedad que mostraba á su marido, y por el exceso de su ternura y por la manera



verdaderamente angelical con que se humillaba, por decirlo así, ante la desgracia del pobre insensato, veía yo que ella lo sabía todo. Cuando el conde, rendido por la fatiga, sucumbía al sueño, se deslizaba ella en su cuarto, se arrodillaba á la cabecera de su cama, y mientras dormía le hablaba en voz baja. De este modo derramaba ella en el silencio de la noche los tesoros de amor y sentimiento que llenaban su alma. Parecía que vuelto su esposo á la razón iba á traerla á sus brazos, á enternecerse y á llorar con ella. ¡Vana esperanza! La locura volvía á apoderarse de él al despertar, y la infortunada, obligada á retirarse, desaparecía como una sombra dolorida.

Era preciso tomar un partido; así es que me decidí á llamar al famoso doctor don Pedro de la Vega, residente en Cádiz. Ya le conoces; ya sabes que se reúnen en ese amable anciano las cualidades más preciosas del talento y del corazón á la ciencia más experimentada, pues no solo se dedica á curar las enfermedades del cuerpo, sino que también es médico de las almas, y yo sé más de una que le debe la salud. La condesa tenía en él una confianza absoluta y de seguro era digno de ella. Después de algunos días de exámen y reflexiones, me llamó aparte y me dijo:

—No creo que la cabeza de este desgraciado joven se reponga jamás del golpe que ha recibido. Para ello sería preciso un milagro y la ciencia no los hace. La locura que se apoya sobre la razón es casi siempre incurable. Es como el error que se deriva de una verdad, por absurda que sea la conclusión, si las premisas son justas, la protegen y forman para ella como una muralla inexpugnable. Sin embargo, debemos intentarlo todo para su curación aunque parezca imposible. El enfermo no puede permanecer aquí, porque la presencia de su mujer, la vista de los lugares que por tanto tiempo fueron testigos de su felicidad, conservan su exaltación, le irritan y exasperan. Debe, pues, marchar y alejarse y cuando se sienta al abrigo de las persecuciones de que se cree víctima, se calmará su delirio, y yo respondo que una vez fuera de España, su locura, hoy furiosa, tomará un carácter pacífico siempre que no se le contraríe. Por lo demás, dejemos obrar al tiempo; este es el remedio que aconsejamos los médicos cuando no tenemos otros.

Tal era el parecer del doctor, y también el mío. Lo sometí á la condesa, que no trató de combatirlo.

—Pero, dijo llorando, puesto que soy yo la persona de quien huye y no puedo partir con él, ¿quién le acompañará?

—Yo, señora, le respondí.

Al día siguiente, en una noche sin luna y sin estrellas nos esperaba á la puerta del parque una silla de posta. Cogí al conde del brazo, que se dejó conducir sin resistencia, pues ya le había decidido á seguirme, convenciéndole de haber tomado todas las medidas que indicaba la prudencia para asegurar su fuga. La noche estaba oscura; sus criados dormían y su mujer no sospechaba nada. Salimos con el mayor sigilo, y cuando llegamos á la verja se precipi-

tó á meterse en el coche. Yo iba á subir detrás de él, cuando reconocí en la sombra á la condesa, la cual cogió mi mano y á pesar mío la llevó á su boca. Un instante después los caballos partían al galope, y á los pocos días nos hallamos en Madrid.

## IV.

No nos detuvimos en la corte sino el tiempo estrictamente necesario para que el enfermo descansara de las fatigas del camino. En seguida nos dirigimos á Francia. ¡Qué viaje, amigo mío! Procura formarte una idea de él, porque á mí me es imposible describirlo. Como había predicho el doctor, desde que pasamos la frontera la locura del conde se hizo más dulce y tratable. Verdad es, que solo había un punto de su cerebro que estuviera atacado. Todo lo demás se hallaba sano. Hablaba sobre todas las cosas con su sensatez acostumbrada; pero me bastaba pronunciar el nombre de su mujer, para desconcertar inmediatamente su razón. Íbamos de pueblo en pueblo, yo tratando de distraerle y él arrastrando por todas partes la desolación de su alma, porque si algunas veces parecía dormirse su demencia, su memoria más implacable no le dejaba tréguo ni descanso; así es, que á cualquier parte que se volviera, el desgraciado no lograba otra cosa que cambiar de tormentos. Sin embargo, yo cumplía religiosamente la promesa que al partir hice á la condesa y al doctor. Escribíales con frecuencia poniéndoles al corriente de todo, y ellos por su parte me contestaban con la misma. A los dos meses de nuestra salida de Sevilla, recibí en Génova (pues hasta allí habíamos alargado nuestra expedición), una carta de la condesa. ¿Lo creerás? Aquella carta terminaba con un grito de esperanza, y fué para mí lo que es para el naufrago que está á punto de zozobrar la vela inesperada que ve blanquear en el horizonte. El doctor había añadido algunas líneas que confirmaban la nueva, suplicándome que la ocultara cuidadosamente al conde. Algunos meses después recibí en Florencia dos cartas por el mismo correo, una de la condesa y otra del doctor. La primera era un himno de piadoso agradecimiento. La leí de rodillas y la humedecí con mis lágrimas. La segunda contenía mis instrucciones para el porvenir. «No hay que desesperar; todo puede repararse, añadía el anciano después de haberme manifestado el objeto á que debíamos encaminarnos; pero sobre todo no olvide V. que el conde debe ignorarlo todo, y que de la discreción de V. depende el éxito de la campaña.»

Meses y años transcurrieron así sin que se verificase cambio alguno en el estado de nuestro pobre amigo. Habíamos recorrido casi toda la Europa, habíamos visitado el Oriente; su locura le había seguido á todas partes. Hasta el pie del monte Olimpo, hasta las orillas del mar Muerto, en todas partes había visto agentes secretos de su mujer.

(Se continuará.)



## SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

FLORES DEL CIELO.

SAGRARIO Y ALTAR.

## III.

Tarcisio caminaba de prisa, con los ojos bajos, los brazos cruzados sobre el inocente seno, y la modestia y la dulzura impresas en el angelical semblante.

La alta mision que iba á cumplir daba á su aspecto algo de grave y solemne, superior á sus pocos años.

Su hermosa y purísima frente parecia rodeada de una aureola de luz tan blanca y suave, como el fúlgido disco de la plateada luna, ó como la diadema celeste que ciñe las sienes de un ángel.

El santo niño cruzó algunas calles pensando siempre en el honor que se le habia dispensado, y sin que nada fuese capaz de sacarlo de su abstraccion.

Queriendo evitar los sitios más frecuentados y más públicos de Roma, segun Dionisio le habia recomendado, se detuvo un instante para orientarse del camino que debia seguir.

Una gritería espantosa llegó á sus oídos y le hizo estremecer, pues era producida por una centuria de soldados romanos que, á son de trompeta, publicaban el edicto del emperador, anunciando para el siguiente dia el terrible drama del anfiteatro.

Tarcisio tembló: de sus hermosas pupilas brotó una gota de llanto, y se refugió en el pórtico de una magnífica casa, para dejar pasar á los secuaces de Maximiano.

Impelido por el temor, no de perder la vida, pero sí de perder el pan celestial que conducia en su pecho, el niño dió algunos pasos más y penetró en el atrio ó primer patio de aquella suntuosa morada.

Una dama romana, cubierta de sedas de brocado y joyas, y seguida de dos esclavas, atravesaba el vestíbulo en aquel instante y llegaba tambien al interior de aquella casa.

Era Flavia, la noble y rica matrona dueña de la morada en que acababa de penetrar.

Los ojos de la dama se fijaron en el niño, y de sus labios se escapó una exclamacion de asombro al ver su belleza, y la dulcísima expresion de su candoroso rostro.

—¿Dónde vas, hijo mio? le preguntó con acento de bondad y creyendo que se dirigia al interior de su palacio.

—Lejos de aquí, señora, contestó Tarcisio, fijando en ella su cándida mirada.

—¿Por quién llevas luto? volvióle Flavia á preguntar, conmovida por el acento de su voz.

—¿Por mi madre! murmuró el niño tristemente.

—¿Eres huérfano?

—Mi padre murió cuando yo aun no sabia pronunciar su nombre: perdí el amor y las ca-

ricias de mi madre no hace medio año todavia.

—¿Luego estás solo en el mundo?

—¡Solo estoy!

—¿Y no tienes casa, hijo mio?

—Eso sí, tengo una que jamás se cierra á los desvalidos.

—¿Cuál es? preguntó Flavia asombrada.

Tarcisio iba á pronunciar una palabra que se quedó suspensa en sus labios, detenida allí por un oculto pensamiento.

Luego, dirigiéndose de nuevo á la dama, con una dulcísima y encantadora sonrisa.

—Mi mansion es una cuyo nombre debo callar, porque quizá sonaria mal en tus oídos, noble señora.

Cada vez más absorta la dama y cada vez más dominada por el ascendiente del niño,

—Escucha, le dijo, yo no tengo hijos, quédate á mi lado y con tu presencia alegrarás mi soledad; penetra conmigo en el interior de esta mansion, y juro por los Dioses que nada te faltará en ella de cuanto halague á la niñez.

—Ahora no puedo complacerte, me aguardan con impaciencia lejos de aquí.

—A un niño como tú, ¿quién puede esperarle de ese modo?

—Aquellos á quienes llevo el consuelo y la esperanza.

—No te comprendo.

—¡Oh! Ni es posible.

—Pero dime á lo menos que volverás.

—Pues bien, si vivo mañana yo te ofrezco que vendré á tu lado, dijo Tarcisio levantando los ojos al cielo y con un tono tan inspirado y profético, que Flavia no osó responderle ni pudo oponerse á su partida.

Cuando volvió de su asombro, el niño habia desaparecido ya.

—¡Oh! corre, corre, Lia, dijo á una de sus esclavas, sígueme y no le pierdas de vista; en ese niño hay un misterio que me es preciso averiguar.

La esclava salió á la calle y miró en todas direcciones, pudiendo ver en el extremo de la calle la sombra de Tarcisio, que se perdía en la distancia.

Siguióle, aunque de lejos, sin perderle de vista un instante.

El mensajero de Dionisio seguia su camino con rapidéz, sin sospechar que Lia le seguia por orden de su señora.

De pronto, y al desembocar en una ancha plaza, se vió detenido por dos ó tres jóvenes, niños casi, pero que le aventajaban algunos años en edad.

—Tarcisio, gritó uno acercándosele con aire resuelto, ven á jugar con nosotros, ya que llegas tan á tiempo.

—No me detengas, exclamó el niño procurando seguir adelante; hoy no puedo complacerte.

—Pues yo te digo que no pasarás!

Y al decir esto cogió á Tarcisio de un brazo para sujetarle á su pesar.

Éste, por toda respuesta, cruzó las manos sobre el pecho con más fuerza que antes y dió algunos pasos más.

—¡Que te se escapa, Dacio! gritaron dos ó



tres voces, dirigiéndose al que primero había detenido al hijo de Claudia; ¡no le dejes, no le dejes irse así!

Dacio, cuyo carácter era indómito y violento, sacudió con violencia á Tarcisio, y dándole un fuerte golpe le hizo rodar por el suelo.

Las manos del santo niño no se separaron de su pecho, haciendo esto más terrible su caída.

—¿Qué ocultará con tal cuidado? exclamó uno de los compañeros del agresor, ¿qué ocultará con tanto cuidado debajo de su túnica?

—Ahora vamos á verlo! exclamó éste precipitándose sobre el hijo de Claudia, que aun permanecía en el suelo.

Este, por toda respuesta, apretó más contra su corazón el rico lienzo que envolvía las sagradas formas, que debía llevar á los futuros mártires.

—Quita tus manos, le decía Dacio golpeándole terriblemente, quita tus manos.

—Antes la muerte, contestó Tarcisio con inquebrantable entereza.

—Soy más fuerte que tú y cederás al fin, exclamó el joven redoblando sus golpes.

Tarcisio era más débil que su contrario, y al caer su frente había chocado con una piedra, causándole una ancha herida por la cual empezaba á correr la sangre, desvaneciéndole y cegando sus hermosos ojos.

Dacio redoblaba sus acometidas, y el santo niño empezaba á perder el aliento.

—¡Señor! exclamó con acento de súplica alzando la mirada al cielo. Señor! tomad mi vida, pero que vuestro cuerpo no sea profanado.

Una exclamación general acogió estas palabras.

La multitud que se había reunido en aquel sitio, comprendió por ella que aquel niño era cristiano, y Dacio tuvo ya quien secundase su infame conducta.

Sobre la cabeza de aquel ángel cayeron multitud de piedras; su inocente cuerpo fué magullado y pisoteado, y de todas las bocas salieron contra él mil improperios y mil injurias.

Él lo sufrió todo sin exhalar una queja, sin tratar de defenderse, pero sin despegar los brazos de su seno, convertido entonces en Santuario de un Dios.

Quizá en aquel instante hubieran acabado allí con su existencia, si un soldado romano, abriéndose paso por entre la apiñada multitud, no hubiera llegado hasta él amparándole con su presencia.

El verdadero valor es siempre noble y magnánimo, y aquel hombre sintió en su alma un movimiento de compasión hacia aquella débil é indefensa criatura.

—Cobardes, murmuró, ensañarse así con un niño!

Y separando los cabellos que, empapados en sangre, cubrían la pálida frente de Tarcisio,

—¿Dónde quieres que te lleve, hijo mío? le preguntó mirando conmovido aquella faz tan inocente y tan hermosa.

—A la cárcel Mamertina, murmuró el moribundo ángel con acento apagado.

Entonces el Centurion le tomó en sus brazos, apoyó en su hombro aquella cabeza á quien los ángeles preparaban ya la corona del martirio, y emprendió su marcha, dejando asombrada á la muchedumbre, que no se atrevió á oponerse á la voluntad de aquel soldado del emperador.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## VARIEDADES.

### EL ARTISTA REPOSTERO.

(Continuación.)

—¿Que sucede? preguntó el duque al oír las frases del azorado mayordomo.

—¡Ah, señor! murmuró este: he cometido una falta irreparable.

El duque dirigió una mirada investigadora á los domésticos que rodeaban al mayordomo, y particularmente á Antonio, procurando que le explicasen el motivo de tan violenta desesperación. Pero no había quien pudiera satisfacerle, porque todos ignoraban el motivo de las incoherentes palabras de Pietro.

—¿Me explicarás al fin, exclamó el duque dirigiéndose á su mayordomo, por qué mi honra se encuentra gravemente comprometida por tu causa?

—Porque el banquete que he dispuesto, y que dicho sea en honor de la verdad, es digno de un dux de Venecia, va á ser incompleto á causa de un olvido involuntario... ¡Ah! por esta sola razón debería ahorcarme, y lo haría si encontrase una soga.

—¿Qué olvido es ese?

—El primer servicio está completo, monseñor, las entradas, los entremeses, todo es de un estilo elegante y magnífico; el segundo servicio corresponde al primero; y el tercero, los postres, excede á los dos primeros, si es posible, por el gusto, la arquitectura y la elegancia. Pero... ¡oh! monseñor... nos hemos olvidado del pastel monumental que debe colocarse en medio de la mesa.

—¡Vaya una cosa! murmuró Antonio riendo maliciosamente, eso se remedia con hacer uno en vez de lamentarse de su falta.

—¿Qué diantre! dijo el duque á Pietro; fabrica una pirámide de... cualquier cosa.

—Es verdad ¡ya! pero eso tiene sus inconvenientes. Por otra parte, los convidados están en los salones, la hora del festín se acerca.

—En ese caso, lo mejor será que lo consultemos con Pasino, que tiene algo de artista, á pesar de su modesta profesión de maestro de obras, y él podrá sacarnos del compromiso... Pero, ¿de qué te ries, Antonio? añadió mirando al joven. Corre á buscar á tu abuelito... dile que le esperamos.

Antonio se alejó precipitadamente, y poco después volvió en compañía del anciano, á quien pusieron al corriente de cuanto sucedía.

—¡Por vida de...! exclamó el albañil sumamente turbado: si se tratara de blanquear una habitación, ó de construir una casa cualquiera...

—¡Se trata de construir un bizcocho gigantesco, magnífico! exclamó Antonio.

—Ya lo veo; pero...

Antonio hizo un gesto de impaciencia y replicó:

—¡Bah! eso lo hace cualquiera.

El duque de Faleri, que no dejaba de contemplar la fisonomía inteligente del joven aprendiz de albañil, no pudo resistir al deseo de interrogarle.

(Se concluirá.)

GRANADA

IMP. Y LIB. DE F. REYES Y HERMANO,

Plaza de Ayuntamiento, 15.

1876.